

La última

Luis M. Esteban Martín¹

*A mi hija Gala, que
también gozará esta tierra*

Encumbrada en una loma sobre la que se divisa un campo que se resiste a perder su verdor, Santa Colomba extiende su brazo de asfalto como una alfombra de bienvenida al caminante hacia su interior, al corazón de una villa lineal en la que el tiempo hace esfuerzos para ser sentido y en donde la evolución acéfala solo consigue dejar vestigios, jirones, en un espacio que se niega a ser absorbido por la uniformidad de hormigón, aristas y muros opacos de individualidad.

Y es que Santa Colomba es recuperar la colectividad sin negarnos a nosotros, saludar al desconocido como si lo conociésemos, fundirnos con la naturaleza sin renegar del progreso, humanizarnos sin perder nuestra racionalidad. Santa Colomba es el reencuentro con la infancia en sus calles aún de tierra, con los juegos y el griterío de la chiquillería camino del lago, con los paseos de nuestros antepasados cuando ellos aún no sabían que serían nuestros antepasados; el reencuentro con lo que quisimos ser y fuimos o no, pero al volver por sus calles y sus campos somos.

Porque Santa Colomba es, por encima de todo, la paz, el encuentro con uno mismo para hablarse a sí con su silencio acunado en las copas cimbreadas de su arbolado humanizado a fuerza de ser testigo de su propia historia y de la nuestra. Y Santa Colomba es la paz no solo, metáfora fácil, por la alusión de su nombre, sino porque en ella la muerte y la vida van de la mano, sin confundirse, pero, sobre todo, sin excluirse y por eso el cementerio, o mejor, el camposanto, se asienta en el mismo campo de los vivos, sin delimitación de tapias encaladas y absurdas que ni los de dentro ni los de fuera treparán. Y es por esta fusión por la que caminar por su calle te da la sensación de unicidad, de estar contemplando toda su historia en una simple ojeada que va pasando de la visualización a la interiorización. Porque la grandeza de esta villa no reside en lo que ves. No estamos ante un paisaje grandioso plagado de monumentos o de hitos históricos que cambiaron el transcurrir de la historia. Estamos ante una villa intrahistórica, ante un paisaje que se adelgaza para ser oído más allá del oído, para llegar al alma del caminante

¹ Luis M. Esteban Martín (Madrid, 1960), es Doctor en Filología Hispánica y escritor



y hacerse uno con él, de manera que el diálogo con Santa Colomba acaba siendo el soliloquio contigo mismo, con tu yo más profundo que se hace corpóreo en cada uno de los rincones de Santa Colomba.

Y es por todo esto por lo que todos los que conocemos Santa Colomba siempre regresamos a ella en busca de nuestra esencia sosegada, de nuestro yo desprendido de todo lo que, a fin de cuentas, nos acaba siendo ajeno.